

JOVELLANOS ENTRE DOS EDADES HISTÓRICAS

Por JOSÉ LUIS COMELLAS GARCÍA-LLERA

“Hay personajes históricos -escribe Gonzalo Anes- que atraen nuestra atención. No es necesario que hayan realizado hazañas portentosas, ni tan siquiera que hayan cambiado la historia. Y, sin embargo, suscitan irresistiblemente el interés de los estudiosos. Uno de estos personajes es don Gaspar Melchor de Jovellanos”. El juicio del paisano de este personaje parece, efectivamente, certero. Jovellanos jamás ganó una batalla, ni hizo importantes descubrimientos, ni cambió la suerte de España. Fue un ilustre ilustrado, que vivió rodeado de prestigio. Luego cayó en desgracia de los que mandaban y fue desterrado. Solo los eruditos de su época llegaron a conocerle bien. Y, sin embargo, ha pasado a la historia por el interés extraordinario de su pensamiento y por la cantidad y la calidad excelente de sus escritos. Tal vez haya sido al final de su vida un fracasado, que nunca vio realizados sus muchos proyectos, y que acabó muriendo en un pueblecito de Asturias, perseguido por sus enemigos, tanto los de fuera como los de dentro. Y, sin embargo, ha habido siempre “jovellanistas”, como se titularon, por ejemplo, los afrancesados en su época final, los moderados de tiempos de María Cristina, los eclécticos de la Restauración o los regeneracionistas de principios del siglo XX. Y, aparte de esto, Jovellanos es probablemente el español de hace doscientos años sobre el que se han publicado más monografías, hasta ahora mismo, en que acaba de celebrarse un congreso en Gijón que reúne a especialistas espa-

ñoles, franceses, alemanes, británicos, norteamericanos, polacos, y hasta un japonés.

No fue precisamente un ilustrado viajero, como otros. Curioso por todo, pero más bien casero. Nació y vivió muchas veces en aquel severo caserón de piedra con largo balcón corrido, en la placita irregular del barrio de Cimadevilla, en el viejo Gijón. Allí se refugiaría muchas veces, en tiempos tranquilos o en tiempos difíciles, para leer y escribir al amparo de la lumbre. Viajó para estudiar a varias universidades: en Alcalá: conoció a Campomanes y Cadalso. Su carrera de leyes le llevó a Sevilla, donde transcurrirían dos momentos decisivos de su vida; en el primero, como miembro distinguido de la Audiencia, participaría en la tertulia de Olavide, se introduciría hasta el fondo en el ambiente ilustrado que ya había saboreado en Alcalá, haría sus primeros proyectos de reformas y escribiría muchos de sus versos así como dos de sus obras de teatro. Puedo anticiparles, como sin duda en otra conferencia advertirán a ustedes, que la mayoría de sus piezas puramente literarias son sevillanas. Su creciente prestigio le llamó, como a tantos ilustrados importantes, a Madrid, donde fue miembro de la sala de Alcaldes de Casa y Corte. Madrid le permitió participar en la más distinguida tertulia de la capital como era la presidida por don Pedro Rodríguez de Campomanes, e ingresar en la Real Academia de la Historia, y más tarde en la Real Academia Española. O llegar a director de la Sociedad Económica Matritense y figurar en la Comisión creadora del Banco de San Carlos. Si Sevilla le hizo ilustrado, ideólogo y escritor, Madrid le introdujo en la administración y en el proyectismo económico.

La muerte de Carlos III, a quién Jovellanos dedicó un cáldido elogio, y la subida al trono del nuevo monarca, Carlos IV, cambiaron hasta perturbarla gravemente, la vida de Jovellanos, por más que en 1797 habría de ser nombrado ministro de Gracia y Justicia. Gloria efímera y desgracia duradera. Un día el ministro fue invitado a comer por Manuel Godoy, dueño absoluto de la situación en aquel momento. El escándalo de nuestro ilustrado fue mayúsculo cuando se encontró al poderoso valido sentado a la mesa con su esposa a un lado y con Pepita Tudó al otro. “No pude comer.... no pude hablarno pude sosegar mi

espíritu”, confiesa el bueno de Jovellanos. “Salí en el colmo del abatimiento”. El berrinche fue tan fuerte, que sufrió un ataque de cólicos, y tuvo que ir a El Escorial a reponerse. Nunca pudo resistir su indignación y su aversión radical a la figura de Godoy. Y llegó a un extremo tal de desesperación que le condujo no ya a la dimisión, sino a la oposición más absoluta hacia el *sistema*. Escribió en su Diario frases tan duras como “caigan, pues, las testas coronadas”. Y más imprudentes fueron las rimas que hizo publicar más tarde en “El Censor”: *Oh vilipendio, oh siglo... que todo se precipite al cieno... que venga denodada la humilde plebe y arrase nobleza, títulos y honores...*

He aquí a Jovellanos convertido en padrino de una revolución violenta capaz de hacer añicos todo lo presente, como había hecho poco antes la Revolución francesa. Es lo que menos podríamos esperar de un hombre tan sensato y moderado en su talante y sus maneras como el ilustrado gijonés. ¿Tan fuerte fue su reacción? ¿Duró mucho tiempo? ¿Puede explicarse de alguna manera? Pronto tendremos que recurrir a una teoría recientemente sacada a la luz, con razón o sin ella. Lo cierto es que la oposición de Jovellanos a Godoy le obligó tres años más tarde a hacer el viaje más largo y menos deseado de su vida, a Mallorca, donde sería recluido en la cartuja de Valldemosa, aquel lugar en que treinta y ocho años después buscaría refugio Chopin; y finalmente al castillo de Bellver. Jovellanos, enfermo, envejecía, aunque nunca dejó de escribir. De su encierro solo saldría en marzo de 1808, tras la caída de Godoy, para enfrentarse con un nuevo dilema trágico. Jovellanos pudo ser afrancesado, como lo fueron tantos de sus compañeros: así se lo pidió con ansia su íntimo amigo Cabarrús; pero no quiso. Fiel a los patriotas, formó parte de la Junta Central. Tampoco pudo adivinar ni la suerte de la Junta ni su propia suerte. Moriría en una situación parecida a un tercer destierro.

En absoluto pretendo siquiera un esbozo biográfico. Solo desearía acercarme de alguna manera a aquel personaje aparentemente claro y bien definido, y de hecho problemático y complejo que fue don Gaspar Melchor de Jovellanos. En sus obras podemos encontrar un espíritu neoclásico, con toques de prerromanticismo, como en tantos de sus contemporáneos. En su etapa más

plácida fue un proyectista y un brillante polígrafo. Escribió obras literarias, trabajos de historia, de geografía, de arte, de economía política, de agricultura, de costumbres populares, de pedagogía, de moral, de mineralogía y hasta de meteorología, si atendemos a sus partes sobre los cambios del tiempo, patentes incluso en sus “Diarios”. Esa condición poligráfica encaja cumplidamente en la figura del ilustrado dieciochesco. Jovellanos escribió de todo, y se interesó por todo con enorme curiosidad. No cesó de escribir, como que su correspondencia, en grandísima parte perdida, es innumerable. M. Álvarez Valdés, en un trabajo reciente, basado en los gastos de correo, calcula que don Gaspar Melchor escribió en 1794, hasta 175 cartas a la semana, que corresponden a 25 en un día: ¿es esto tan siquiera posible? Lo cierto es que Jovellanos pasó su vida escribiendo: planes, informes, memorias, proyectos de leyes, teorías. Y empleó un sistema que tal vez nos sorprenda: él mismo nos cuenta en 1796 que “estoy revolviendo en mi ánimo una obrita, para la cual tengo hechos apuntamientos y observaciones en pequeños trozos de papel”. A lo que parece Jovellanos empleaba fichas tal como hoy podemos entenderlas, por más que se repita que las fichas de trabajo aparecieron en la Universidad de Berlín hacia 1860.

Jovellanos fue un ilustrado. Teófilo Rodríguez Neira lo presenta como “el ilustrado por excelencia”; “pertenece al momento culminante del pensamiento ilustrado, y su obra le convierte en el más característico miembro de la Ilustración en España”. Gonzalo Anes conviene en que “fue Jovellanos el pensador más coherente de nuestra Ilustración”. De esta coherencia y de su pensamiento lleno de limpieza hablan lo mismo intelectuales de izquierda e intelectuales de derecha, desde Manuel Azaña hasta Gonzalo Fernández de la Mora. Y Menéndez Pelayo se admira de “aquella alma heroica y hermosísima, quizá la más hermosa de la España moderna”. O Rafael Benítez estima “la honradez perfecta de sus juicios”, basados en “una concepción razonable, lógica y equilibrada de su pensamiento”. Todo eso es cierto. Pero, al mismo tiempo es preciso tener en cuenta que vivió y sufrió las consecuencias de una nueva época histórica, una época con sus problemas, con sus planteamientos, con sus nuevas ideologías, su sensibilidad, y, en definitiva, su profunda y dra-

mática incidencia en un nuevo sentir que ya en su tiempo estaba alboreando. “Jovellanos, aquel gran español entre dos fuegos”, le definió una vez Fernández de la Mora. Porque fue así, terminó como terminó su vida, y sin tener en cuenta este vivir entre dos fuegos difícilmente terminaríamos de comprender al personaje

¿Hasta qué punto las aparentes contradicciones de Jovellanos no son más que consecuencia del cambio de los tiempos? No es fácil determinarlo con certeza, y esta incertidumbre nos obliga a proceder con cautela a la hora de precisar las actitudes de un hombre honesto y sincero que hubo de vivir -y de padecer también- las inclemencias de cada coyuntura. La tarea es tanto más difícil por cuanto Jovellanos, fue casi toda su vida, al mismo tiempo que un hombre sincero, un hombre discreto. En este sentido quizá nos sorprende hasta cierto punto un libro reciente de Manuel Álvarez Valdés que pretende que “las zonas oscuras en la vida y el pensamiento de Jovellanos no son casuales, sino intencionadas... Nos encontramos ante una personalidad compleja...”, “el estudio de su psicología nos lleva a la conclusión de que ello fue así porque él mismo lo quiso, por ser un hombre reservado, misterioso, críptico...”. Hasta en sus *Diarios* o en su correspondencia. Pienso, con todo, que sería en alto grado conveniente distinguir entre su reserva o su discreción, y sus contradicciones flagrantes (cuando las hay). Tal vez, y quiero apuntarlo con la máxima prudencia, se haya abusado un tanto del tópico de las contradicciones de Jovellanos. Sánchez Agesta, en su sabroso ensayo sobre el pensamiento del absolutismo ilustrado, comenta a este efecto que “el Jovellanos profundamente religioso y picado de jansenismo, señor y detractor de señores, propietario pleitista y desamortizador, español rancio y resabiado de enciclopedismo, universal y provincial, es una de esas figuras complejas, que bajo una aparente severidad externa están preñadas de una angustiosa vacilación interna entre ideas y vocaciones opuestas”. Y es que, efectivamente, de Jovellanos parecen entresacarse juicios puntuales que resultan o parecen resultar incompatibles si los juzgamos separados de su contexto, o si no nos quedamos con el conjunto. Nuestro hombre evolucionó, o tal vez sea más exacto decir que reaccionó ante todo exceso o ante toda declaración terminante un uno u otro sentido. Su eclecticismo tendía,

pienso, a contradecir más las exageraciones que a contradecirse a sí mismo.

De aquí también que se le hayan atribuido las más diversas opiniones ideológicas. Frente a quienes lo presentan como un conservador, Miguel Artola lo considera plenamente liberal, un liberal antes de tiempo, y José Miguel Caso, en el prólogo a un libro mucho más reciente, nos sorprende, o por lo menos, lo confieso, me sorprende, con una afirmación como esta: “Que las ideas políticas de Jovellanos eran plenamente democráticas en el sentido actual del término, es cosa de que no puede dudarse”. Si ya resulta dudable que Jovellanos fuese plenamente liberal en el sentido que adoptó el liberalismo histórico, mucho más difícil de creer es que fuese “plenamente demócrata” *en el sentido actual del término*, es decir, en el que sentimos qué es o debe ser la democracia a comienzos del siglo XXI. Jovellanos es tan rico, que de él pueden extraerse incontables y variadas afirmaciones que solo se nos aparecen contrapuestas si las consideramos aisladas y no en su contexto y, más aún en su conjunto. Hubo un momento, allá por los años 50 y 60 del siglo XX, en que se habló de una “ilustración cristiana” en España, capaz de buscar un equilibrio entre lo tradicional y lo nuevo. Historiadores como Rodríguez Casado, Patricio Peñalver, Carlos Corona, Vicente Palacio, destacaron el intento de muchos ilustrados españoles por aunar en una síntesis lo más armónica posible tradición e ilustración. Personajes tales como Campomanes, Jovellanos, Floridablanca, Forner, Piquer, habrían sido paladines de esta síntesis. *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos*, fue el título que Peñalver publicó en Sevilla, en 1953. Hoy aquella escuela nos queda un poco lejos, sin que muchos de sus postulados hayan dejado de ser estimables, y sin que trabajos modernos, como el de José Luis Fernández, dejen de coincidir con ella en buena parte.

Jovellanos nos ha dado sobradas muestras de ser ante todo un ecléctico. No gusta de los extremos, salvo en momentos de acalorada polémica, de que pronto se arrepiente. Busca un pacto entre tradición e innovación, y es capaz de abrirse simultáneamente a las concepciones de dos *Weltanschauungen* opuestas, de dos maneras de concebir el hombre, el mundo y la vida que

pugnaban en su tiempo. José Luis Fernández deja bastante en claro que Jovellanos “está en contra del despotismo, pero supone una especie de eslabón intermedio entre éste y el constitucionalismo”. En suma, podríamos añadir ahora, supone un puente entre dos edades, al mismo tiempo que propone una solución más cercana a la componenda que al enfrentamiento declarado. Es católico, pero anticlerical: una postura que encontraremos, si nos ponemos a escarbar, también en el siglo XIX, el XX o hasta en el XXI. Da muestras de su fe y en ocasiones de un casi místico pietismo; pero se opone a la rigidez de algunos eclesiásticos de su tiempo, y lo que sobre todo le pone malo es el predominio de los aspectos puramente formales y superficiales sobre aquellos que deben regir la moral, la rectitud de vida, el comportamiento ante la propia conciencia y ante los demás. Un trabajo de Nidia A. Díaz puede ser útil para comprender este planteamiento. Jovellanos es monárquico, y considera en los reyes no ya un derecho que viene de siglos, sino una necesidad para el bien público; pero admite la conveniencia de reformas políticas y de una representación de la sociedad capaz de moderar el ejercicio del poder real y anticiparse a sus abusos. Es partidario de la igualdad de derechos, pero admite la existencia de la nobleza, no como una clase privilegiada dedicada al disfrute de su condición, sino como una elite destinada por obligación y deber a cumplir funciones de especial responsabilidad al servicio de la cosa pública. La expresión “modernidad tradicional” que utiliza Peñalver puede encerrar, qué duda cabe, una *contradictio in adjecto*, pero puede ser concebida también como un intento de conciliación propio de un hombre que huye por sistema de los extremos.

Es cierto: a veces también encontramos en las palabras de Jovellanos, en la intimidad, o hasta publicadas, dicitos inapropiados que parecen convertirle en un extremista. Son expansiones propias de un hombre sensible que reacciona de forma inesperada, hasta escandalizante, contra agresiones que le hieren en lo más íntimo. A este respecto no se si conviene recordar ahora un libro un poco inquietante de Jesús Martínez Fernández titulado: *Jovellanos. Patobiografía*, publicado por el nada sospechoso Instituto de Estudios Asturianos, en que, después de analizar detenidamente las enfermedades y las inclinaciones de

sus ascendientes, trata de explicar las extrañas reacciones de don Gaspar Melchor ante determinados estímulos inesperados. Ahí están las crisis de 1791, 1797, 1801, 1808 y la final, poco antes de su muerte, en 1811. La más espectacular, ya lo he dicho, fue la que experimentó cuando fue invitado por el bígamo Godoy. Casi idéntica impresión le causó la detención de Cabarrús, y nada digamos de los sucesos que abocaron a la crisis del Antiguo Régimen. No pretendo en absoluto seguir estas teorías que tal vez se encuentren necesitadas de una matización; pero nada perdemos aventurando la posibilidad de que Jovellanos sea un hombre más sensible de lo que a primera vista pudiera parecernos. Su temperamento reservado pudo esconder muchos de sus sentimientos hasta que ya no podía más, hasta estallar en exabruptos que nunca le hubiéramos atribuido. Jovellanos, al fin y al cabo a caballo entre dos épocas, como Rousseau, Wodsworth, Goethe, Beethoven y tantos otros, mezcla elementos neoclásicos con otros prerrománticos que nos sorprenden. ¿Acaso no hay en su breve estudio sobre el castillo de Bellver rasgos que evocan con ensoñación caballeros legendarios que en un tiempo misterioso lo habitaron?

Con todo, no comprenderíamos las actitudes de Jovellanos si no tuviéramos en cuenta los dos grandes momentos históricos de su vida, el plácido e ilustrado reinado de Carlos III y la época de la Revolución francesa y de sus consecuencias inmediatas en España y en la conciencia española. Por los años setenta y ochenta es nuestro personaje un ilustrado más, o si queremos el más inteligente y capacitado de nuestros ilustrados. Ignacio Elizondo precisa que “Jovellanos, como ilustrado, vivió a entera satisfacción bajo un monarca ilustrado y con gobernantes ilustrados. Y sus elogios a un rey absoluto como Carlos III fueron sinceros”. Habría que precisar, añadido, en qué sentido Carlos III, un monarca benévolo que se dejó guiar por sus consejeros y jamás adoptó medidas arbitrarias o caprichosas, puede ser calificado sin matices como rey absoluto. Probablemente Jovellanos -y no tengo inconveniente en suscribir la tesis que en otra conferencia muy reciente ha expuesto el profesor C. Martínez Shawera más progresista que el rey: pero la dirección en que uno y otro apuntaban era la misma.

Jovellanos fue reformista en todos los aspectos que cabe suponer; pero dedicó sus preferencias a una doble y complementaria vertiente: la economía y la cultura. Esa dualidad vectorial muestra un curioso, llamativo parentesco con la escuela afrancesada (no con el afrancesamiento propiamente dicho), o con el programa regeneracionista de principios del siglo XX. ¿Quién no piensa en el doble lema de Joaquín Costa: *Despensa y Escuela?*. Jovellanos, como buen ilustrado, conoce a Quesnay, a Adam Smith, a J. B. Say, y se adelanta en algunas ideas a David Ricardo. Parte de la premisa quesneyana de que “nadie está más interesado que uno mismo en su propia prosperidad”: de suerte que la ley agraria que propone consiste ante todo en la supresión de las leyes agrarias existentes. Jovellanos escribió muchos ensayos sobre el desarrollo agrícola, pero sobre todo volcó su interés en el famoso y tal vez el único leído por muchos *Informe sobre la ley agraria* que le había encargado la Sociedad Matritense. Aquel informe fue redactado hacia 1784, aunque no sería publicado hasta 1795.

Jovellanos no lo critica todo pero reconoce que aún quedan muchas rémoras que superar. Hay baldíos que podrían rendir si se cultivasen, hay falta de interés por parte de los grandes propietarios, hay tierras que requieren caminos para que los hombres y las bestias puedan acceder más fácilmente a ellas. Están las tierras comunales, que no se aprovechan como es debido, y la Mesta, otro de los demonios de aquellos tiempos. La crítica de las vinculaciones y la consiguiente amortización de la propiedad le preocupan más que ninguna otra cosa, pero bien sabido es que su resolución sobre este punto es parcial. ¿Dudas o temor ante los poderosos? Tal es el aspecto del texto que todavía hoy se sigue discutiendo, y en modo alguno pretendo inmiscuirme en la discusión. Pero Jovellanos sí insta a un más equitativo reparto de las tierras capaz de favorecer la suma total de la riqueza. Se advierte pronto su afán de que las heredades no sean demasiado grandes, porque entonces su propietario no tendría interés en cultivarlas todas, ni demasiado pequeñas, porque en ese caso el campesino no dispondría de medios para mejorar su cultivo en el grado conveniente. En este ideal por evitar las demasías para lograr un tipo de parcelas de tamaño medio, ¿no puede adivinarse,

en cierto modo al menos, el deseo de una propiedad *en manos de la clase media*?. He aquí el principio de la “revolución burguesa” trasladado también al régimen agrario.

Por lo que respecta al segundo capítulo de las inquietudes de Jovellanos, el referente a la educación, no parece en absoluto ser menos importante que el dedicado a la economía. En palabras de Rodríguez Neira, “ha dedicado Jovellanos tantas páginas a la enseñanza, que parece haber sido ésta una cuestión obsesiva a lo largo de su vida”. María Ángeles Galino ha estudiado cumplidamente en un libro clásico y por tanto de valor permanente las teorías pedagógicas del ilustrado asturiano. Los trabajos de Carlos Lerena han complementado en tiempos más recientes esta preocupación por la enseñanza como camino de la cultura. El conocimiento de la realidad *educa* al ser humano, rige en cierto modo su comportamiento, y erige ciudadanos más aptos y más útiles al procomún. Y por tanto, la cultura es factor de riqueza, o si queremos tomar palabras del propio Jovellanos, “la instrucción no es solo la primera sino la fuente más general de la prosperidad de los pueblos”. Cultura y progreso son valores tan íntimamente relacionados, que no pueden separarse el uno del otro.

Pero para Jovellanos la cultura de nuestra sociedad ha de comenzar ante todo por la escuela. Y es aquí justamente donde su enorme interés por una reforma agraria va unido a su preocupación por una reforma escolar de nuestros agricultores: como que “la tierra no produce para los ignorantes sino malezas y abrojos”. ¡Cuántas palabras de Jovellanos no podrían ser tomadas por palabras de Costa! Aquí es donde el ilustrado pone el dedo en la llaga de nuestra deficiente escuela primaria. Es preciso formar primero a los maestros, proporcionarles capacidad y métodos pedagógicos para que puedan efectuar su labor ante unas clases humildes que no saben leer, escribir ni contar. La cultura es la base de la agricultura: ha de enseñar a conocer las semillas, a distinguir las más productivas, los nuevos tipos de plantas que pueden introducirse en nuestro agro, los abonos más convenientes para cada clase de tierra o para cada cultivo. Los artesanos han de conocer por su parte las labores, el manejo de los instrumentos de trabajo, y los métodos para obtener de ellos el mayor rendimiento. Para cada oficio, propone la elaboración de una

“cartilla técnica”, una especie de catecismo fácil y fundamental que garantice el mejor rendimiento para bien del que trabaja y para bien de todos.

Jovellanos no es partidario de los conocimientos puramente especulativos, como la filosofía, que ha de quedar reservada para la Universidad. Al pueblo solo ha de impartirse un tipo de filosofía, la filosofía moral. Un hombre tan imbuido del sentido ético de la vida no podía menos de aceptar esta excepción. Y para la instrucción de los vecinos pobres, el supuestamente anticlerical Jovellanos pide que sean los párrocos los que eduquen en las virtudes cristianas a sus feligreses, en la seguridad de que estas enseñanzas van a mejorar no solo el comportamiento, sino la capacidad de progresar. Aunque lo importante para el progreso son las ciencias prácticas, las ciencias útiles, las ciencias de la naturaleza. No deja de hacer una observación aguda que más tarde encontrará eco en nuestros regeneracionistas: “los países más prósperos son precisamente aquellos que han dado preferencia a las ciencias prácticas”. Rodríguez Neira observa que para Jovellanos la misma educación utilitaria puede inducir una *revolución social*, en cuanto que permite el progreso de aquellos que dominan las técnicas. Augusto Comte está todavía muy lejos, pero nuestro ilustrado parece intuir una sociedad más próspera gracias a la revolución tecnológica.

En fin, si parece que Jovellanos debió de vivir una época feliz o casi feliz durante el reinado de Carlos III, todo se torció cuando falleció el rey. Su sucesor, Carlos IV, fue un monarca grandote y bonachón, pero carente de voluntad, que pronto cayó bajo el poder y los juegos de sus ministros. Pero no fue esta nueva situación lo más importante, sino la Revolución francesa, que ocurrió casi simultáneamente, y que condicionó de modo decisivo la política europea y muy especialmente la española, que no podía encontrar una puerta de comunicación con Europa sino a través de los Pirineos. La noticia de la revolución conmovió a Jovellanos como a todos los españoles, pero despertó en él, más que temor, expectación. Y cuando llegó aquella era efímera que Brinton califica como “luna de miel revolucionaria”, en que Luis XVI se prende la escarapela tricolor y saluda complacido desde los balcones de las Tullerías a la multitud que le aclama

entusiasmada, Jovellanos se siente satisfecho, encuentra una desembocadura no violenta a las reformas y la posibilidad de un entendimiento entre lo antiguo y lo nuevo. Según propio testimonio, la Constitución moderada y monárquica de 1791 le parece “admirable”. Otra cosa es lo que sucedió más tarde cuando se desbocó el proceso y sobrevinieron la violencia y el terror. Pero aquello que descompuso a Jovellanos fue precisamente la política antirrevolucionaria de los gobernantes españoles. El conde de Floridablanca, tan reformista hasta aquel momento, quiso cerrar paso a todo lo que pudiera venir de Francia, y estableció al famoso “cordón sanitario”, que en definitiva pudo resultar contraproducente. Y dentro de casa, Floridablanca se opuso a todos los que pudieran resultar peligrosos. El proceso que se siguió en 1790 contra Cabarrús afectó profundamente a Jovellanos; sus protestas no sirvieron más que para indisponerle con el poder, y pronto fue destinado a Asturias en lo que tantas veces ha sido considerado un “destierro encubierto”.

Jovellanos siempre fue un reformista benevolente, pacífico, amigo de hacer las cosas por sus pasos contados y sin sobresaltos. Pero difícilmente tolera las imposiciones. He aquí unas palabras, en su medio destierro, que bien le definen: “Admiro a quien defiende la verdad y se sacrifica por sus ideas, pero no a quienes por sus ideas sacrifican a otros”. ¡Qué duda cabe de que él se consideraba uno de aquellos sacrificados! Sensible, poco hábil para la intriga política, siempre atacable por alguna de sus palabras, fue, más que el “Jovellanos de dos caras” de que se ha hablado, la víctima de un torrente de pasiones encontradas que ya no podían reconciliarse. Esta segunda parte de su vida fue la más castigada y la más triste de las dos. En Asturias fomentó la economía, hizo nuevos planes, tanto en el campo de la enseñanza como en el de la minería, presidió sociedades y hasta pronunció lecciones. Entretanto, un advenedizo de la política, Manuel Godoy, se hizo el amo de los destinos de España como nadie tal vez lo había sido desde los tiempos de los validos del siglo XVII. Godoy era un ilustrado a su manera, y sería injusto no reconocer, por ejemplo, sus reformas en la enseñanza; pero se equivocó siempre en la política exterior, y de ahí vendrían casi todos los males, de la guerra de la Convención a Trafalgar y a la inter-

vención napoleónica. Porque fue un ilustrado, Godoy, en 1797, llamó a Jovellanos a Madrid y luego le hizo ministro de Gracia y Justicia. La experiencia, como ya sabemos, fue fatal, y acabó con aquella cena escandalizante que provocó a don Gaspar Melchor cólicos y fiebre, al mismo tiempo que un aborrecimiento radical al valido.

Godoy también tuvo que sufrir las consecuencias, con dos años de apartamiento de la política activa, pero en 1800 regresó a sus plenos poderes, y pronto Jovellanos hubo de sufrir las consecuencias. En la madrugada del 13 de marzo de 1801 fue sorprendido en la cama por el regente de la Audiencia de Asturias, fueron incautados sus papeles, y se le trasladó finalmente a Mallorca, donde quedó incomunicado. Escribe una carta dolorida a Carlos IV suplicando que se le explique el por qué de su prisión. Y, ante la falta de respuesta, una segunda carta, más desesperada aún, de la que solo sabemos que no llegó a su destino. Jovellanos hubo de permanecer siete años desterrado y preso en Mallorca, con muy pocas esperanzas, aunque, a lo que parece, con más serenidad que en otras crisis anteriores. Cierto: una cosa es lo decidido por la autoridad, confinamiento e incomunicación, y otra la realidad: sabemos que en Valldemosa el preso fue cuidado y atendido por los religiosos, podía dar paseos y hasta parece que pudo recorrer parajes de la isla, recibir visitas y conversar con personas amigas. Dos años después fue encerrado en Bellver, pero tampoco este encierro fue absoluto ni mucho menos. Jovellanos hizo amistad con los militares de la guarnición y sus esposas, siguió carteándose con sus amigos. Al fin y al cabo sus guardianes tampoco simpatizaban con Godoy. Resulta un tanto inverosímil, que, como se ha dicho, el preso, armado de un simple catalejo, pudiese contemplar detenidamente desde el castillo la Catedral y la Lonja y realizar un estudio artístico y arqueológico de los monumentos. El confinamiento también le sirvió para alcanzar unas vivencias religiosas y de vida interior más profundas que las que nunca había tenido.

Del destierro le libró un golpe de estado que culminó en el primer destronamiento de nuestros tiempos modernos. El motín de Aranjuez, el 17 de marzo de 1808, dirigido contra Godoy, comportó la abdicación de Carlos IV y la proclamación de

Fernando VII. Tiempo le faltó al nuevo monarca para poner en libertad a todos los perseguidos por el valido. Un nuevo rey, un nuevo gobierno dirigido por ilustrados partidarios de reformas razonables y paulatinas. Jovellanos parecía haber encontrado al fin su lugar en la historia. Su regreso, sin embargo, no sirvió a aquel enfermo de 64 años para encontrar el sosiego que buscaba, ni el reconocimiento que merecía. Nuevos y dramáticos avatares iban a cruzarse en su destino y su vida, hasta conducirle a un trágico final. Casi al mismo tiempo en que Fernando VII entraba triunfalmente en Madrid por la Puerta de Toledo, por la Puerta de Chamartín lo hacía Joaquín Murat, gran duque de Berg, al frente de las tropas napoleónicas. La historia se truncó de una vez para siempre, todo iba a ser desde entonces distinto, y una guerra gloriosa y desastrosa iba a conmover hasta sus cimientos la conciencia de los españoles. Aunque nadie lo sabía, en aquel momento terminaba lo que ha dado en llamarse la Edad Moderna y comenzaba la Contemporánea.

Es curioso: lo único que continuó fue el gobierno. Azanza, Cabarrús, O’Farrill, Cevallos, Piñuela, ministros ayer de Fernando VII, fueron a los pocos días o a las pocas semanas, gustosamente, ministros de José Bonaparte. No tengo tiempo, ni quizá tampoco derecho a explicarles a ustedes lo que fue el fenómeno del afrancesamiento, puesto que Jovellanos no lo aceptó. Pero el programa de aquellos hombres fue un programa netamente jovellanista. A él se sumaron de una forma u otra ilustrados como Almenara, Moratín, Llorente, Meléndez Valdés, Hermosilla, el mismo Goya, y, a cierta distancia Alberto Lista. Jovellanos fue tal vez el único ilustrado de primera fila que no quiso entrar en el campo de los afrancesados, por más que el rey José se apresuró a nombrarle ministro de la Gobernación, cargo que nuestro hombre no aceptó. Prevaleció su patriotismo. Las cartas que se cruzaron entre Cabarrús y Jovellanos son en verdad emocionantes, obra de dos íntimos amigos convertidos de pronto por los extraños eventos de la historia en adversarios. “Nuestra infeliz Península va a ser escenario de una guerra cruel”, escribía Cabarrús a su amigo, y lo hacía, dice, con lágrimas en los ojos. Y alaba “a este hombre [Jose I], el mejor de los reyes, el más sensato, el más honrado y amable que jamás se haya sentado en el trono, a quien

usted amaría si le tratara como yo en ocho días...”. Jovellanos no se dejó convencer y se afirmó más en su patriotismo: “Yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria.... España lucha por sus propios derechos originales, sagrados, imprescriptibles, superiores e independientes a toda familia o dinastía. España lucha por su religión, por su constitución, por sus leyes, por sus usos y costumbres: en una palabra, por su libertad”. He aquí unas palabras que se repetirían hasta la saciedad, en las Cortes de Cádiz cuando Jovellanos no iba a aceptar ni la forma de su reunión. Explicar esta aparente contradicción nos exigiría otra o varias conferencias. Pero observemos que cuando Jovellanos dice que los españoles luchan por su constitución, se refiere a la que estaba vigente entonces, en 1808.

No se si podré precisarlo en pocas palabras. Nuestro hombre fue uno de los que establecieron, el 25 de septiembre de 1808, la Junta Central como órgano supremo de decisión de la España patriota. Tampoco me corresponde aquí referirme a las complicadas vicisitudes de la Junta Central, a la que espero que dedique mayor atención mi compañero Manuel Moreno Alonso. Solo quisiera advertir alguno de los matices más significativos del pensamiento de Jovellanos. Fiel a un punto que le distinguió siempre, escribía en aquellos dramáticos instantes: “No me gustan los extremos: tanto me ofenden los que quieren que el pueblo lo sea todo como los que no quieren que sea algo; tanto los que quieren cortar los abusos con el hacha como los que quieren defenderlos con el escudo o taparlos con la capa” (nobles y clérigos). La desgracia de Jovellanos fue no estar con unos ni con otros en un instante decisivo de nuestra historia: su ideal de *in medio virtus* no era compatible con aquella coyuntura de confrontación suprema.

El drama se plantea cuando el 15 de abril de 1809 Calvo de Rozas propone formalmente la convocatoria de unas Cortes generales habilitadas para elaborar una Constitución. Y desde el “Semanao Patriótico” apostilla Quintana: “una novísima Constitución capaz de interponer una barrera infranqueable entre la mortífera arbitrariedad de los monarcas y los derechos imprescriptibles del pueblo”. Esta forma de decir las cosas hizo saltar a Jovellanos: “¿Por ventura no tiene España su constitución? Tie-

nela, sin duda... en el conjunto de leyes fundamentales que rigen los derechos del soberano y sus súbditos. España tiene estas leyes y las conoce. ¿Hay algunas que el despotismo haya atacado o destruido? Restablézcanse. ¿Falta alguna medida saludable para asegurar la observancia de todas? Establézcase”. Recobrar los antiguos y legítimos derechos, y realizar nuevas reformas de acuerdo con las circunstancias. Pero España tiene ya una constitución, y lo que procede es reformarla y perfeccionarla. Quizá para comprender el constitucionalismo histórico de Jovellanos sea conveniente estudiar, por ejemplo el trabajo de un jurista catedrático de la Universidad de Oviedo, Joaquín Varela Suanzes, publicado no hace mucho en la Revista de Estudios Políticos, o el más reciente de Santos Coronas. Pero quizá más simple y menos trabajosa sea la visión de Fernando García de Cortázar, para quien Jovellanos distingue entre una *constitución nacional histórica*, que se aviene a la *personalidad* forjada por los siglos en el carácter de una nación, y una *constitución en ejercicio*, que es un conjunto de leyes que se aviene a las circunstancias de cada presente para adaptarla y perfeccionarla. En suma, no se trata de un traje que alguien se pone para sustituir a otro, sino de un organismo vivo que se desarrolla y se adapta al curso de los tiempos.

Este afán de no partir nunca de cero puede adivinarse en la confesión de Jovellanos a lord Holland en una carta fechada el 22 de mayo de 1809, poco después de iniciado el debate sobre las Cortes: “Nadie más inclinado a restaurar y mejorar, nadie más tímido en alterar e innovar. Acaso sea esto un achaque de mi vejez”. Confesión sincera, pero al mismo tiempo más acepta al modelo británico, como en su tiempo advirtió ya Juretschke. Y otra perla que puede ser añadida, sin salir de la misma correspondencia: “desconfío mucho de las teorías políticas abstractas. Creo que cada nación tiene su carácter...”, y a él deben amoldarse sus leyes. Ahora parece que estamos leyendo a Edmund Burke.

No por su semitradicionalismo, es Jovellanos un retrógrado. Cuando se habla de unas Cortes que asuman la soberanía de la nación, nuestro pensador se escandaliza, porque la soberanía corresponde estrictamente al monarca; pero establece un concepto nuevo, la *supremacía*, en virtud de la cual las Cortes, en caso de incompatibilidad, prevalecen sobre el rey. El punto que

consagró la desavenencia de Jovellanos con los más progresistas fue la cuestión del bicameralismo. Una reunión asamblearia, sin distinción entre los miembros, podría degenerar en escenas propias de la Revolución francesa y romper el equilibrio de la representación. Una vez más su modelo es el británico. Ni tres ni un único estamento: dos, como la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores. Bien entendido que esto no va contra la “supremacía” de los representantes del pueblo sobre la voluntad del rey; como que “si la nobleza y el clero tienen su parte, el pueblo no le va a la zaga”. Parece que fue este diferendo el que acarrió su desgracia. No entro aquí en las disputas en el seno de la Junta, ni la disparidad entre Junta Grande y Junta Chica. Solo quiero recordar que el decreto redactado conforme a la tesis de Jovellanos no llegó ni a publicarse, y que la Junta se disolvió por las malas el 31 de enero.

Jovellanos, más deshecho que nunca, según algunos perseguido o al menos denunciado, huyó materialmente de Cádiz el 26 de febrero de 1810. Qué extraña casualidad: con diferencia de tres días, embarcaba para no volver otro ilustrado de talante diametralmente distinto, pero que tampoco podía soportar aquel ambiente: José María Blanco. Una casualidad o no casualidad que tal vez convendría que alguien estudiara con más detenimiento. El resto de la historia es bien triste y bien conocido: la navegación del bergantín *Covadonga* fue accidentada, y una terrible tempestad obligó a nuestro ilustre enfermo a refugiarse en el puerto de Muros. Al fin encontró acogida en el pazo de Santa Cruz de Rivadulla, y en aquel pequeño paraíso de jardines, que doña Emilia Pardo Bazán escogió como escenario para la mejor de sus novelas, y que ahora es el más famoso vivero de camelias del mundo, escribió Jovellanos su memoria en defensa de la Junta Central, el ejemplo de su prosa lleno de mayor cantidad de frases entre admiraciones. También frases como aquellas eran pronunciadas en las Cortes de Cádiz. Al fin y al cabo, una nueva edad había amanecido en la historia. Todo siguió siendo para aquel hombre triste y otoñal. Vuelto al fin a Gijón, hubo de huir de la ciudad ante el avance de los franceses. En un pequeño rincón de la costa moriría casi solo el 27 de noviembre de 1811 don Gaspar Melchor de Jovellanos.